

# DON MANUEL MONTT

EN EL

BANQUILLO DE LOS ACUSADOS

*Acusados.*

POR

**MARTIN PALMA.**

3



**SANTIAGO,**

IMPRESA DEL FERROCARRIL, CALLE DE LA BANDERA, NUM. 39.

— 1868 —

# DON MANUEL MONTT.

---

## I.

La persecucion, el ódio, la muerte i no pocas veces la infamia, han sido i son siempre el obligado i triste patrimonio del jénio. . . . La mayor parte de los ilustres benefactores de la especie han tenido que apurar hasta en sus últimas heces el cáliz amargo de la ingratitude. . . . Los hombres que han descollado entre sus semejantes, ya sea por sus virtudes, por su ciencia, por sus descubrimientos, por sus beneficios al humano linaje, son los mismos que han experimentado mas injurias, los mismos que han sido llevados al banquillo de los acusados, los mismos para quienes se han ideado tormentos i levantado cadalsos. . . . ¡Cuántos ejemplos podríamos citar en apoyo de esta verdad! . . . . Cuántos jénios sublimes, cuántos héroes ilustres, cuántos virtuosos varones a quienes hemos llegado casi a deificar, ¡no han sido sacrificados por sus contemporáneos! . . . .

¿I a qué atribuir tan raro fenómeno? ¿A quién echar la culpa de tanta ceguedad, de tanta injusticia? A una sola passion: la envidia. Todas las nulidades de la época se juntan, se aunan, se estimulan, se azuzan para dar en tierra con el que les hace sombra. Todas las pequeñas pasiones de ese enjambre de parásitos se levantan, se confabulan, se asocian para derribar al hombre virtuoso o ilustre que se levanta sobre ellos. Todas las pasiones se ponen en juego, la maledicencia corre de boca en boca, la calumnia bate sus alas i mueve en torno de la víctima el mortífero i pestilente aliento de la difamacion. Así es como se forma una atmósfera pesada al derredor del

meritorio ciudadano, i tan pesada que muchas veces apénas le permite respirar oprimiéndole el pecho, el corazon, la conciencia, el alma....., no dejándole otro alivio que el frio sudor de la desesperacion.....

En nuestro pais, que solo cuenta de vida propia una media centuria, ¡cuántas víctimas de la envidia no se enumeran ya en sus cortos i jóvenes anales! Los Carrera, los O'Higgins, los Freire, los Portales, a quienes la jeneracion presente, agradecida de sus servicios i admirada de sus virtudes cívicas ha levantado estátuas, ¡cuánto no tuvieron que sufrir de sus contemporáneos, cuántas rivalidades mezquinas no embarazaron su marcha i no agriaron su heróica i laboriosa vida! la vida de esos hombres que no tenia otro norte que la libertad, que el engrandecimiento i felicidad de la patria!.....I bien, ¿necesitarémos decir que estos próceres de la república consiguieron por premio de sus sacrificios el ódio sangriento i la persecucion encarnizada, muriendo los unos en el patíbulo, los otros en el ostracismo, éstos por el arma alevosa de la traicion infame i todos envueltos en el sudario de la calumnia cobijándoles hasta en su último aliento el negro manto de la ingratitud de sus contemporáneos? De veras ¡al contemplar tanta injusticia se siente el alma oprimida por un dolor extraño, por un dolor que abate su enerjía, que ahoga el entusiasmo santo de la virtud en vista de la recompensa que le espera!....i es así como se degradan los pueblos, porque dejan de existir los grandes ciudadanos, las nobles enerjías, las aspiraciones magnánimas.

Pero esta esperiencia no ha sido aun lo bastante. Las lecciones del pasado no aprovechan todavía al presente i la esperanza se refugia solo en el porvenir, ¡pues ahora mismo vemos repetirse los hechos de ayer! Ahora mismo se ensaña la persecucion i el ódio sobre el mérito i la virtud, como se ensañó entonces! Ahora mismo se desconocen los servicios prestados a la nacion como se desconocieron en aquella época! Ahora mismo se niega el talento, se apoca el jénio, se oscurece i aun se anula la abnegacion del hombre como se negó la heroicidad a los padres de la patria! Ahora mismo se arrastra como reo, para sentarlo en el banco de los criminales, al señor don Manuel Montt, así como se decretó el destierro i como se alzaron los patíbulos para los héroes de nuestra independendencia! ¡San-

griente galardón, recompensa humillante nacida del fallo de la envidia! Empero las jeneraciones pasan....los ódios se extinguen i el resplandor de la virtud aparecerá mas radiante que nunca adornando con su aureola de gloria las sienes de don Manuel Montt, así como adorna ya la de aquellos que dieron el ser a la República...El reinado de la mentira i de la calumnia es efímero, solo el de la verdad i el de la justicia es eterno: este es un consuelo a la vez que una esperanza para las grandes almas. La posteridad las aguarda para coronarlas; no está de consiguiente todo perdido.

Sin embargo, es triste verse desconocido en el presente i verse obligado tan solo a refugiarse en el porvenir....Es duro pasar su vida material en el sufrimiento, sin mas consuelo que el que en lontananza le presenta la eternidad....Es amargo contemplar que los servicios que debieran traerle la gratitud de sus semejantes se transformen en dardos que lo hieren, en ponzoña que lo mata, en sangre que lo ahoga....Es terrible encontrarse siendo el blanco de todas las maledicencias, el Ecce Homo de esa chusma de imbéciles que se creen grandes hombres porque han conseguido martirizar al talento....I es mas triste aun mirar que hai pocos, mui pocos hombres que alcen su voz en pública defensa de la víctima, porque tiemblan ante los poderosos de la tierra que pueden castigar su temeridad, ante los que disponen de los empleos i de las pitanzas que contrariándolos desde ese momento no les darán jamas; i así es como el miedo cobarde o la codicia vil enmudecen a las mayorías, consumándose el sacrificio bajo el amparo de un criminal silencio que los pequeños farsantes del poder llaman aquiescencia popular, opinion manifiesta, voz del pueblo. Con todo, séanos permitido desmentirles con nuestros pobres i débiles acentos, manifestándoles su error, manifestándoles su nulidad, manifestándoles la injusticia cometida con un hombre digno de toda consideracion, digno de todo respeto, digno de todo elogio por su vida laboriosa, por su moralidad nunca puesta en duda, por sus servicios como majistrado, por sus sacrificios como ciudadano, por su anhelo constante al público progreso a quien ha consagrado todos los años, todos los dias, todas las horas de una ya larga existencia para él mismo, pero mui corta para la felicidad i gloria de Chile.....

## II.

Sentimos nuestra nulidad i la confesamos. Somos impotentes para trazar con propiedad el hermoso cuadro de la no ménos hermosa vida del actual i presunto reo.

Nuestra pluma es débil, nuestra pluma es pálida, nuestra pluma se detiene i se dobla al peso de una tarea superior a sus fuerzas. Muchas veces nos ha ganado el desaliento i lo hemos dejado a un lado, diciéndonos: "para qué acometer una empresa que nos es imposible llenar;" pero otras tantas un sentimiento de justicia nos ha gritado, allá en el fondo de nuestra conciencia: "adelante: jamás el hombre debe mostrarse pusilánime para cumplir su deber, para practicar una buena accion;" i entónces, llenos de timidez, aunque tranquilo nuestro espíritu, hemos vuelto a tomarla para trazar algunos lineamientos de la laboriosa i ajitada existencia del grande, virtuoso i honorable acusado.

Ignoramos los acontecimientos de la infancia de don Manuel Montt i poco importa esto a nuestros propósitos, esa tarea la llenarán sus biógrafos; sin embargo, recordamos, como si fuera ahora, al jóven profesor del Instituto Nacional. Algo debia haber en aquella fisonomía para que se quedase grabada en el alma de un niño sin que el trascurso de numerosos i largos años la hayan todavia borrado, a pesar de no haber tenido ni entónces, ni despues, ni ahora el menor contacto con él, salvo dos o tres ocasiones en que le hemos hablado por algunos minutos.

Desde esa época principia sin duda a revelarse el gran ciudadano. Todo contraído al estudio i a la enseñanza no hai un solo desliz, no hai una sola debilidad de jóven que se le haya podido conocer o descubrir. La rijidez de sus costumbres, la formalidad de su porte, la asiduidad en el desempeño de sus deberes, el caudal de conocimientos que acumulaba en su cerebro, auguraba ya al eminente hombre de Estado, i sucedió lo que no podia ménos de suceder: don Manuel Montt fué llamado a los altos puestos de la administracion embarcándose sereno i confiado en el mar de la política, que ha surcado no sin grandes borrascas i cuyas tempestades amenazan aun al hábil piloto.

Pues bien! en esa série de años en que estuvo a la cabeza de diferentes ministerios i en que luchaba con brillo en la arena parlamentaria, ¡cuánta contraccion, cuánto trabajo incessante, cuánta consagracion tenaz a los negocios públicos no manifestó el jóven estadista! ¿Cuál es el hombre que haya servido a su pais con mas ahinco, con mas constancia, i talvez con mas discernimiento? Esta época de la vida del señor Montt nadie la toma en cuenta ahora, nadie la aprecia ni nadie le reconoce su labor; ¡i sin embargo, él era una de las columnas en que se apoyaba el órden; él era el que reunia i amalgamaba los elementos heterojéneos que tendian a dislocar la administracion; él era el que iba consolidando el principio de autoridad; él era uno de los que contribuia mas poderosamente a tranquilizar la exaltacion política i a dar a los espíritus tendencias distintas, aspiraciones diversas, pero sólidas i provechosas, que, apartándolos del escandescente terreno de las contiendas civiles, tomasen un jiro distinto, consagrando su actividad a empresas que redundasen en bien de ellos mismos i en bien del pais!

Este trabajo preparatorio, este trabajo embrionario, este trabajo sin brillo, pero no ménos grande, no ménos necesario i no ménos útil, es la obra casi esclusiva del señor Montt i forma uno de sus mayores méritos, forma uno de sus timbres mas gloriosos i uno de los servicios mas considerables que ha podido prestar al pais.

### III.

Era, pues, imposible, a pesar de la modestia característica que distingue i que adorna la gran figura del señor Montt, (pues este personaje jamás habla de sí mismo, jamás se ocupa ni ocupa a nadie de su personalidad, jamas espeta su yo;) era, pues, imposible, repetimos, que, a despecho de su modesto silencio, no reconociese el sagaz jefe del Estado el relevante mérito de su ministro i que no tratase por esto mismo de hacer de él su sucesor.

Don Manuel Búlnes, aunque criado en los campamentos i no poseyendo mas escuela que la del militar, tenia sin embargo una penetracion rara, un tacto esquisito, un talento natural, una mirada certera que le hacia, al primer golpe de vista, distinguir las cosas, apreciar los acontecimientos, juzgar i valorar los hombres; de consiguiente vió desde un principio que entre todos los que lo rodeaban era el señor Montt el hombre de mas mérito i por esta razon el mas digno i el mas a propósito para encaminar la república en la ancha via de la civilizacion i del progreso. El señor Búlnes no se engañaba respecto al hombre; pero el señor Búlnes obraba mal respecto al principio.

En nuestra opinion modesta, pero esencialmente democrática i republicana, no pueden, no debian existir jamás candidaturas oficiales, i el que las practica infrinje nuestras leyes, mina por su base nuestras instituciones i dá en tierra con to-

dos nuestros principios; así es que el señor Búlnes cometió un delito político al nombrar como su candidato al señor Montt, i el señor Montt se hizo solidario del mismo delito al aceptar la presidencia, sobre todo cuando se iniciaba bajo tan sangrientos auspicios.

Para nosotros, los halagos, las inmunidades, las prerogativas, las regalías del mas alto i supremo poder, no valen el sacrificio de una vida, la infraccion de una lei, el derramamiento de una gota de sangre; i sin embargo ¿quién sigue esta doctrina? El mismo Papa, que es el soldado de la paz, de la concordia, de la mansedumbre, de la idea, ¿no lo vemos hoy levantar ejércitos i mandarlos al combate para sostener la corona unida a la tiara, el cetro del monarca unido al báculo del pastor, la autoridad temporal unida a la autoridad espiritual, las fuerzas de las bayonetas unidas a la santa i humanitaria moral del Evangelio? I qué hombre, qué caudillo, qué monarca no ha hecho i hace a la vez otro tanto? cual es aquel que desecha el mando i que no trata de sostenerlo? ¿Por qué admirarse entónces que don Manuel Montt aceptase el poder i lo aceptase cuando se veia ademas apoyado de un potente i numeroso partido que pudo mui bien creer fuera la espresion lejitima de la gran mayoría de la nacion?

Señalada la primera falta, porque apesar de nuestra respetuosa admiracion por el señor Montt no queremos escusarle sus extravíos, puesto que tambien publicamos sus méritos, señalada la primera falta, decimos, ¿cuánto no ha hecho el hombre para borrar hasta su huella i si es posible hasta llevarla al terreno de la lejitimidad!

Libre una vez de las preocupaciones de la civil contienda, vemos al señor Montt dedicar toda su poderosa actividad a la realizacion de su hermoso programa: la educacion popular; ¡la educacion popular que él habia iniciado, fomentado i desenvuelto siendo ministro i que consiguió llevar a su mas alto apojeo siendo presidente!

¿Quién antes que él habia facilitado al pueblo con tanta profusion los medios de instruirse?

¿Quién antes que él habia concebido de que en la ilustracion de las masas consiste el poder, la fuerza, el adelanto i la tranquilidad de las naciones? I si lo habian concebido, ¿quién



lo habia practicado? Quién habia consagrado una buena parte de las rentas a esa noble i provechosa tarea?

Cuando las cosas se ven hechas, nadie se admira de ellas i todos dicen:—“yo habria hecho otro tanto;” pero es preciso confesar que la iniciativa tiene un gran mérito i que ella corresponde, si no esclusivamente, al ménos en su mayor parte al señor Montt.

Pero aun dado caso que él no hubiera hecho otra cosa que seguir un camino trazado ya, ¿no es verdad tambien que aquel que continúa la obra comenzada, que la empuja i que la lleva a feliz término, merece gratitud i merece alabanzas? De cualquier manera, pues, que coloquemos la accion de don Manuel Montt, siempre hallaremos en sus actos el deseo patriótico, el deseo civilizador, el deseo ardiente por el progreso del pueblo; ¿i a qué punto habria llegado este progreso si lo hubieran dejado obrar libremente, si le hubieran permitido desplegar sus facultades i aplicarlas al desarrollo progresivo de la inteligencia, si no le hubiéramos distraido con nuestras rencillas i ahogado, dirémoslo así, con nuestras perniciosas i sangrientas contiendas!....

Por otra parte, no era tan solo la instruccion de las masas la que lo preocupaba, sino tambien su bienestar material i por esto lo vemos fuertemente empeñado en proteger la industria, en estimular a sus amigos para acometer empresas nuevas, en que se traigan obreros i se establezcan fábricas de que carecia el pais, en plantear líneas telegráficas i líneas férreas para dar fácil salida a los productos, estagnados antes en el interior por la carestía de los fletes que, recargándolos considerablemente disminuia su venta, haciendo de consiguiente escasos i difíciles los cambios, de manera que el acrecentamiento de las fortunas particulares era lento i las entradas del erario exiguas.

Ahora preguntamos: estas sábias medidas ¿carecen completamente de mérito? no valen nada para el adelanto de la nacion? ¿no merecen siquiera que se las mencione?

Se nos dirá talvez que ese era su deber; pero el que cumple con ese deber ¿no es acreedor a algo? El que piensa, el que estudia, el que se desvela por llenar fielmente su cometido, ¿no es acreedor a un elogio, a una honrosa mencion por lo mé-

nos? Ojalá los gobernantes actuales hubieran seguido ese ejemplo, i ojalá los gobernantes futuros lo practiquen, que entónces serian dignos de desempeñar las altas funciones de delegados del pueblo de que hoi, por desgracia, están investidos ciertos hombres, no para el progreso, sino para la ruina de ese mismo pueblo.

IV.

Los círculos políticos se agitarán siempre, aún reconociendo el impulso dado al país por el trabajo, unido a la poderosa inteligencia de don Manuel Montt. Las corrientes mal pagadas de la primera revolución, que tuvo su desarrollo en la economía, aún hoy perviven, y la mayor latencia a medida que el combustible se acumula por instantes. Los pelucones se habían separado del caudillo que eligieron, porque queriendo éste hacer caer para siempre la especie de oligarquía que había por tantos años gobernado la República, tuvo que contrariar los hábitos de aquellos hombres suprimiendo sus regalías, i de aquí provino el conflicto. El otro, por otra parte, que es pelucon por principio i por esencia i que creyó ver su autoridad herida en la famosa cuestión de los canónigos, llevó también al bando opuesto al continente de odio i de venganza que jamás falta a los malos cordones i que siempre guardan i ocultan tras su negro manto. Acedido don Manuel Montt por todas partes, se vio naturalmente obligado a velarse tan solo de sus amigos probados i formó esa especie de laje fuerte, aunque poco numerosa, distinguiendo entre ellos los destinos públicos i los sillones del Congreso, hasta arbitrariedad del mandamiento arbitral de escuadra por la fuerza que estaba comprometido a aceptar. Le está también a los verdaderos i fútiles libertades a los que se le parece veían condescender las libertades públicas i a los re-

#### IV.

Los círculos políticos se ajitaban siempre, aun reconociendo el impulso dado al país por el trabajo, unido a la poderosa inteligencia de don Manuel Montt. Las cenizas mal apagadas de la primera revolución, que tuvo su desenlace en Loncomilla, ardian todavía i adquiria el fuego mayor intensidad a medida que el combustible se aumentaba por instantes.

Los pelucones se habian separado del caudillo que eligieron, porque queriendo éste hacer cesar para siempre la especie de oligarquía que habia por tantos años gobernado la República, tuvo que contrariar los hábitos de aquellos hombres suprimiendo sus regalías, i de aquí provino el conflicto.

El clero, por otra parte, que es pelucon por principio i por esencia i que creyó ver su autoridad herida en la famosa cuestion de los canónigos, llevó tambien al bando opuesto su contingente de ódio i de venganza que jamás falta a los *manos corderos* i que siempre guardan i ocultan tras su negro manto.

Asediado don Manuel Montt por todas partes, se vió naturalmente obligado a valerse tan solo de sus amigos probados i formó esa especie de falanje fuerte, aunque poco numerosa, distribuyendo entre ellos los destinos públicos i los sillones del Congreso. Esta arbitrariedad del mandatario, arbitrariedad escusable por la lucha que estaba comprometido a sostener, le alejó tambien a los verdaderos i finjidos liberales: a los primeros porque veian conculcadas las libertades públicas; i a los se-

gundos porque creyeron que el bando opuesto contaba con elementos que hacian probable i casi seguro el triunfo; i se dió principio a la nueva lucha.

Preguntamos ahora: ¿tenia la revolucion del 59 algun motivo de ser como el que tiene actualmente? Sin embargo, se hizo ésta entónces i no se hace ahora, i quiera Dios que jamas se haga!.....

¿Habia don Manuel Montt mancillado el honor nacional como lo ha mancillado la administracion presente?

¿Habia malgastado sus rentas, como se malgastan hoi?

¿Habia puesto escueto al erario público a pesar de las injentes sumas que tenia que gastar para sostener la mas terrible i encarnizada lucha?

¿Habia despilfarrado treinta millones de pesos, como ha botado este gobierno sin que se pueda averiguar en qué, esceptuando las fortificaciones de Valparaiso, la maestranza de Limalche i los irrisorios bajeles de guerra que todo reunido no llegará jamas a un valor de cuatro millones?

¿Habria en plena paz i sin el menor temor, sin el mas lijero amago de revolucion, destruido las libertades públicas?

Todo por el contrario:—Don Manuel Montt habia sabido colocar el honor i el crédito nacional a una bien elevada altura.

Don Manuel Montt no echó nunca mano de empréstitos para equilibrar las finanzas.

Don Manuel Montt hacia prosperar el pais en lugar de arruinarlo.

Don Manuel Montt no imponia contribuciones onerosas para satisfacer, como ahora, el déficit de la incapacidad administrativa.

Don Manuel Montt, aunque distraido por los asuntos de una ardiente i hostil política, no descuidaba los intereses materiales i morales del pueblo, en tanto que la administracion actual solo se ocupa de intrigas i de ver el medio de conservarse para perpetuar para siempre el logro.

Empero, si don Manuel Montt hubiera gozado de paz durante el período de su gobierno, ¿a qué punto tan culminante no hubiera llegado el progreso? ¿Cuál sería hoi la situacion de Chile?

¿I qué ha hecho, por Dios, el señor Perez con la completa

tranquilidad de que ha disfrutado, con los medios de que ha dispuesto?—Dejaremos hablar los hechos i que conteste el pais: él es testigo de lo que pasa; de consiguiente él puede ser el juez de los hombres i de los acontecimientos.

es el servicio mas grande que pudo prestar a la Republica i al que deberiamos estarle agradecidos.

¿I a quita atribuir la sangre derramada? Francamente no es el que sostenia la autoridad, sino a los que la combatian. No es el que cumplia con su deber, sino a los que faltaban a él? Por que, pues, echarle la culpa de las diez mil victimas que se inmolaron, segun se dice, en los campos de batalla? Car- guen los revolucionarios con el crimen, resultado de bajas pa- siones o de tristes escarvos; pero no se lo achapquen a don Ma- nuel Montt, no se lo achapquen al que ha obrado como debia obrar, no se lo achapquen al que estaba en plena posesion del derecho i de la justicia.

La revolucion de la fuerza, la revolucion de sangre, no es legitima en ninguna circunstancia. V. resultados diametralmente opuestos a los que se esperan; pues

V.

Vamos ahora a examinar al sanguinario i al tirano.....

¿Qué es lo que pretenden los que así califican a don Manuel Montt, los que lo llamaron i los que lo llaman de esta manera? Desvirtuar sus actos? estraviar la conciencia pública? Empero, los hechos, excentos de la preocupacion de las pasiones, se presentan hoi claros, i la conciencia pública ha correjido sus anteriores juicios i no solo absuelve al individuo sino que le estima i agradece sus esfuerzos benéficos.

Dígasenos, ¿podia don Manuel Montt abandonar el puesto sin hacer la menor resistencia? ¿Hubiera sido conveniente para el pais dejar que la revolucion se entronizase? ¿I en manos de quién habria delegado el poder? ¿Sería en manos de los pelucos- nes? ¿Sería en manos de los clérigos? ¿Sería en manos de los actuales merodeadores políticos? Sería en manos de los radica- les? ¿No se ve claramente que si don Manuel Montt no hu- biese sostenido la autoridad gubernativa, no en cuanto a él, sino en cuanto al principio, no se ve claramente, repetimos, que la república habria caido en la mas completa anarquía? ¿I qué habria sido de Chile si don Manuel Montt, consultan- do su yo, consultando su egoismo, consultando sus intereses i su tranquilidad propia, hubiese dicho: “aquí teneis la banda que tanto ambicionais, tomadla?”—Don Manuel Montt hu- biese sido débil, don Manuel Montt habria traicionado al pais, porque habria hecho su desgracia;—así es como esa re- sistencia tenaz, que tanto critican, es su accion mas meritoria,

es el servicio mas grande que pudo prestar a la República i al que debiéramos estarle agradecidos.

¿I a quién atribuir la sangre derramada? Francamente no es al que sostenia la autoridad, sino a los que la combatian, no es al que cumplia con su deber, sino a los que faltaban a él? ¿Por qué, pues, echarle la culpa de las diez mil víctimas que se inmolaron, segun se dice, en los campos de batalla? Carguen los revolucionarios con el crimen, resultado de bajas pasiones o de tristes extravíos; pero no se lo achaquen a don Manuel Montt, no se lo achaquen al que ha obrado como debia obrar, no se lo achaquen al que estaba en plena posesion del derecho i de la justicia.

La revolucion de la fuerza, la revolucion de sangre, no es lejítima en ninguna circunstancia, porque se obtiene con ella resultados diametralmente opuestos a los que se esperan; pues se emplea el medio contrario a la razon, contrario a la justicia, contrario a la libertad, contrario al órden, porque la sangre aniquila el derecho, porque la sangre ahoga la equidad, porque la sangre trae los despotismos, porque la sangre envuelve los odios i lleva en su seno las venganzas, porque la sangre hace infructífera la idea, que es la única verdadera i esencialmente revolucionaria: la antorcha única que ilumina la senda de la felicidad i del progreso i que puede dar en tierra con la desgracia i el error.

Los radicales, hombres de principios a la vez que de conciencia, hombres que seguian una marcha honorable en cuanto creian trabajar por el bien de la patria i nada mas que por el bien de la patria, estuvieron en el error al hacer armas en contra del señor Montt; i tan estuvieron en el error que hoi, desengañados, no quieren, i lo aprobamos de todo corazon, atacar, valiéndose de la fuerza, al gobierno abyecto del señor Perez, a ese gobierno que ha dejado pisotear el honor nacional i arruinado en todos sentidos al pais;—i los radicales así como los montt-varistas tienen muchísima razon en no usar de la violencia, porque la idea es la única que triunfa i cuyo imperio se establecerá mas tarde o mas temprano, pues la victoria de la fuerza es solo momentánea i pasajera, mientras que la de los principios es eterna.

## VI.

Ya hemos visto i probado que el sanguinario no existe, por que las víctimas sacrificadas en las contiendas civiles que tuvieron lugar durante su administracion, no fueron provocadas por él, sino en contra de él, no fueron el resultado de su mal gobierno, sino de las ambiciones bastardas i de las pasiones bajas a las que desgraciadamente se unió el error honorable. —Vamos, pues, ahora a examinar al tirano.

Se ha gritado de voz en cuello, se ha dicho en las plazas, en los salones, en las calles, en el congreso: “Don Manuel Montt ha sido el único i el gran tirano de Chile.” ¡I sin embargo, lo dicen aquellos que, siendo verdad lo que afirman, debieran, por ese mismo hecho, haber enmudecido mucho tiempo ha!

Es bien sabido, nadie lo ignora i los mismos que hoi tanto vociferan pueden atestiguarlo: todos ellos conspiraban contra don Manuel Montt, muchos de ellos fueron sentenciados por los tribunales a muerte. ¿Dónde están los cadalsos? ¿Dónde la ejecucion? ¿Dónde las víctimas?—Que nos respondan, pues todavía tienen la lengua que les dejó el tirano; que nos respondan, pues todavía conservan sus hogares; que nos respondan, pues están gozando de la familia, de la patria, de la fortuna; que nos respondan, pues la mayor parte de ellos se encuentran en los mas elevados puestos i ocupan los sillones de la representacion nacional, para ultrajar a mansalva al que se hizo sordo al fallo de la justicia, al que les perdonó su delito, al



que tuvo solo lenidad para sus descarrios; i tanta lenidad que, en último resultado, por él i nada mas que por él, los conspiradores de entónces se hallan ventajosamente colocados i son en la actualidad los mas encarnizados detractores del que los dejó con vida i por el que han obtenido honores.

¿Qué clase de tirano es pues aquel que no quiere perpetuar su tiranía? ¿Qué clase de tirano es pues aquel que no coloca en el puesto que él dejaba a su mas fiel adepto? ¿Qué clase de tirano es aquel que, en lugar de llamar a uno de los suyos, dice públicamente en una situacion solemne: “prefiero a hombres que no hayan militado en la política?” ¿Qué clase de tirano es aquel que esclama: “antes del triunfo de un partido deseo la tranquilidad de la patria?” ¿Qué clase de tirano es aquel que no teme los cargos que puedan hacérsele por su tiranía, colocando en el mando a un hombre que, como el actual presidente, le es hostil? ¿Qué clase de tirano es el que rehusa el amparo que le ofrece la lei, i dice: “estoi dispuesto a responder a los cargos que se me hagan, no tan solo hoy sino mañana, i no tan solo mañana sino en todo tiempo?” ¡Con que este tirano, léjos de tener remordimientos está en posesion plena de un conciencia tranquila! Qué raro fenómeno! No hai ejemplo igual que presente la historia!.....

Todavía mas, el tirano Montt eludia cuanto era posible las situaciones que lo pusieran en el caso de perseguir i de apoderarse de los conspiradores, haciendo de manera que les fuese fácil la fuga; i esto, despues de haber maquinado en contra de él bajo todos aspectos i que él no ignoraba esas maquinaciones; porque ese tirano no deseaba otra cosa que la tranquilidad del pais i no la pérdida de sus enemigos a quienes pudo i estuvo en su mano esterminar!

Por otra parte ¿quién salió desconsolado cuando impetró su induljencia de ese tirano? Quizá podemos afirmar que nadie. Nosotros mismos, sin prestigio, sin fortuna, sin nada de aquello que lleva consigo las consideraciones sociales, i lo que es todavia mas, sin conocer al hombre, fuimos por la primera vez a la presencia del tirano a solicitar de su crueldad el perdon de un jóven que habia hecho armas contra él; i bien, ¿cuál se cree que fué la contestacion de esa alma de hielo que solo se gozaba segun lo afirman sus enemigos en la

carnicería i en la venganza?—“Escriba Ud. a la persona por quien se empeña, nos dijo, i si por su contestacion cree Ud. que no volverá a tomar parte en la revuelta, puede entrar al pais libremente i trabajar en lo que le convenga, seguro de no ser molestado si su conducta responde a su promesa.” I bien, ¿es este el proceder de un tirano? Es este el lenguaje de un hombre que solo quiere la ruina de sus enemigos i que acecha su pérdida? ¿Dónde está, pues, ese lujo de crueldad, ese lujo de tiranía que hoi tan gratuita i tan injustamente se le atribuye?

Dígasenos, si el gobierno actual fuera atacado como lo fué el del señor Montt (i en verdad que ahora hai muchos mas motivos que entónces) ¿qué haria? ¿no es cierto que levantaria ejércitos i presentaria batallas? ¿no es cierto que correria sangre? ¿no es cierto que haria procesos, que habria espartidos, que habria víctimas i talvez ahora mas que entónces, mas que nunca? Si esta es la verdad, verdad manifiesta, verdad incontestable ¿por qué acusar a don Manuel Montt de una accion que el gobierno presente estaria mui dispuesto a efectuar i que efectuaría sin remedio? Dios quiera que nunca llegue el pais a un extremo tan triste; pero si por desgracia sucediese, es indudable que el bienaventurado Perez i el pacífico Errázuriz serian cien mil veces mas sanguinarios que el tirano Montt i el iracundo Varas.

caricaría i en la vergüenza?—Responde Ud. a la persona por  
quien se empeña, nos dijo, i así por su contestación cree Ud.  
que no volveré a tomar parte en la revuelta, puede entrar al  
pais libremente i trabajar en lo que le convenga, seguro de no  
ser molestado si su conducta responde a su promesa." I bien,  
¿es este el proceder de un tirano? ¿Es este el lenguaje de un  
hombre que solo quiere la ruina de sus enemigos i que acobarda  
su pérdida? ¿Dada esta, pues, esa luz de crueldad, ese lujo  
de tiranía que hoy tan gratuita i tan injustamente se le atribuye?  
Díganos, si el gobierno actual fuera atacado como lo fué  
el señor Montt (i en verdad que ahora hai muchos mas  
motivos que entonces) ¿qué parte le es cierto que levantaria  
ejércitos i presentaria batallas? ¿no es cierto que corrria san-

## VII.

Hasta aquí la vida pública de don Manuel Montt, desde el principio de su carrera, desde su modesto puesto de inspector i profesor del Instituto Nacional no nos revela otra cosa que al grande i buen servidor de la República, al patriota abnegado, al trabajador infatigable que no ha abandonado ni una sola hora, ni un solo instante su puesto de labor en la tarea del adelanto moral i del adelanto físico del pais; pero este deshado de civismo, que nuestros conciudadanos debieran tener siempre en vista para seguirlo i para imitarlo, no carece de defectos; i este hombre, cuyas virtudes dignas de la censura del actual gobierno, lo que equivale a decir, dignas de todo elogio, no carece de faltas; i aunque estas faltas no son las que le echan en cara sus acusadores, ellas son sin embargo las que, con justicia, le echará en cara el pais.

Es cierto que son mui conocidas las intenciones del señor Montt al dejar la presidencia: ellas son conocidas por sus palabras i por el resultado; por sus palabras, porque en distintas ocasiones se espresó diciendo: "que para la tranquilidad pública convenia que ocupara el puesto un hombre que no hubiera militado en la política," i por su resultado, lo confirma el hecho de haber sido elejido don José Joaquin Perez; pero si las intenciones eran buenas ¿fué bueno i lejítimo el acto? Nosotros no tenemos el menor embarazo en decir que nó, i tampoco lo tenemos en afirmar que el nombramiento del señor Perez, llevado a cabo por la sola i poderosa influencia del señor Montt, ha sido la mas grave falta que ha podido cometer

este último, falta que anula en gran parte sus servicios, que oscurece su gloria i que hasta llega a hacer dudar de su penetracion i de su intelijencia.

Si don Manuel Montt deseaba que fuese un hombre nuevo, un hombre sin partidos el que debiera entrar a rejir los destinos de la República, ¿por qué no le dejó al pais la libre eleccion de su jefe? Quién mejor que él habria podido llamar al que mas le conviniera? ¿I tenia, por otra parte, derecho el señor Montt para imponer a la nacion un candidato de su amaño? Nó; no lo tenia, porque nadie lo tiene; porque él ni nadie está autorizado para quebrantar nuestra principal lei, la única en que puede basarse el principio de autoridad: la libertad electoral.

I en vista de esto, ¿no ha establecido don Manuel Montt, con ese solo acto, el mas malo, el mas pernicioso, el mas funesto precedente? Indudablemente que sí, porque mañana don José J. Perez, se creerá autorizado para hacer otro tanto, i así tendremos que el pais jamás poseerá la libertad de elejir a sus mandatarios, jamás entrará en el ejercicio de sus derechos..... Esta es la razon por qué afirmamos que esta falta "anula en gran parte los servicios del señor Montt i oscurece su gloria."

Ahora ¿no es tambien cierto que la eleccion recaida en don José J. Perez da motivos al pais para que dude de la penetracion i hasta de la intelijencia del señor Montt? Porque ¿cómo concebir que un hombre de talento, que un hombre experimentado, que un hombre de mundo se haya equivocado hasta el punto de darnos por presidente al hombre ménos idóneo para el cargo? De manera que don Manuel Montt ha hecho tres graves males a la nacion: el primero, el haberle arrebatado su libertad i con ella su mas lejítimo derecho; el segundo, dar márjen para que esta mala doctrina tenga imitadores i la veamos repetirse en el futuro; i el tercero, el haber hecho un grande obsequio a sus conciudadanos en la ilustre i nunca bien ponderada persona de S. E. don José Joaquin Perez!

Pero, no es el pais el que solo está sufriendo las consecuencias del crimen político del señor Montt, sino que él mismo las está experimentando: la nacion tiene el derecho de quejarse; pero él está obligado a morderse los lábios i callar: el mal, como el bien, tiene su lójica invariable.

### VIII.

Libre ya el señor Montt de las pesadas i enojosas tareas administrativas, porque para él gobernar no era echarse el sueldo al bolsillo i dormir a pierna tendida, fué, despues de un corto intervalo de descanso, a ocupar en la Corte Suprema de justicia su sillón de presidente, lo que hizo rabiar mucho a sus adversarios, pero tambien lo que alegró a la gran mayoría del país.

Nada mas natural, don Manuel Montt gozaba i goza todavía, mal que les pese a sus enemigos, de una grande i merecida reputacion de integridad, i era mui justo que se felicitasen todos al verlo desempeñar su antiguo cargo, porque era una garantía mas con que se contaba para el exacto cumplimiento de la lei: la figura de don Manuel Montt daba, pues, si es posible, mas respetabilidad i mas crédito al alto tribunal.

Los talentos reconocidos del señor Montt, su larga práctica en los negocios, su laboriosidad, su firmeza de carácter, su integridad hacian presumir, i con razon, en la justicia i rectitud de sus fallos, i en esto nadie se ha equivocado ni ménos lo ha puesto en duda, pues desde que volvió a asumir el puesto hasta hoi, no se habia levantado una sola queja.

Pero hémos aquí que al cabo de seis o siete años que se encontraba funcionando el señor Montt, algunos enemigos políticos se proponen herirlo i llevar una acusacion descabellada al seno de la cámara, acusacion que ha alarmado al país, porque todo él tiene la conciencia del mérito i de la rectitud del

juez, porque no ha podido ver sin ofenderse que un hombre que ha prestado tantos servicios i a quien adornan tantas virtudes sea conducido al banquillo de los acusados.

Esta injusticia manifiesta i sin precedente, este ataque tan brusco como inmerecido, tan vejatorio como innoble, ha encontrado una reprobacion unánime que no ha podido ménos de alarmar al gabinete i aun de paralizar su accion; porque ha comprendido la gravedad del paso; porque ha visto que no se atropella tan fácilmente la conciencia pública; porque ha notado que hai una fuerza moral superior a la fuerza bruta; porque reconoce al fin, que la opinion pesa mucho en la balanza i que esa opinion absuelve a quien él condena, justifica a quien él acusa, i honra a quien él denigra. Así es como la equidad favorece a la inocencia i castiga a los que de ella abusan; así es como los pueblos abaten a los opresores i ensalzan a los oprimidos, porque para ellos no hai otra lei que la justicia, no entrando jamás en sus fallos la rabia, la envidia o el encono.

juces, porque no ha podido ver sin ofenderse que un hom-  
bre que ha prestado tantos servicios i a quien adoran tantas  
virtudes sea conducido al parricidio de los acusados.

Esta injusticia manifiesta i sin precedente, este estado tan  
barraco como inmerecido, tan vejatorio como innoble, ha en-  
contrado una reprobacion unanime que no ha podido negar  
de alarmar al gabinete i aun de paralizar su accion; porque  
ha comprendido la gravedad del caso; porque ha visto que no  
se arrojella tan fácilmente la conciencia pública; porque ha

## LA ACUSACION.

notado que hai una fuerza pública; porque reconoce al fin, que la opinion pes mucho en la balan-  
za i que esa opinion abuelve a quien él condena, justifica a

### SUS PROPÓSITOS, SUS FINES, SUS RESULTADOS.

quien él acusa i pone a quien él condena. Así es como la  
equidad favorece a la inocencia i castiga a los que de ella  
abusan; así es como los pueblos abatan a los opresores i en-  
salzan a los oprimidos, porque para ellos no hai otra lei que  
la justicia, no entrando jamás en sus fallos la torpeza

#### I.

Nuestros tribunales de justicia eran una de las glorias de Chile. La integridad de nuestros jueces habia pasado a proverbio. Todo el mundo reconocia su rectitud i acataba sus fallos. Los vaivenes de la política, el cambio de las administraciones no habia jamas ni alterado ni entrabado su marcha. Los ejecutores de la lei interpretaban i aplicaban ésta con la sanidad de su conciencia, con la esperiencia adquirida por la práctica, con las luces que da el estudio i la consagracion esclusiva a una sola tésis, a una sola materia: el derecho; i nadie hasta ahora habia exhalado una queja, porque talvez no habia nadie que hubiera concebido siquiera una duda sobre la rectitud de nuestros tribunales i la equidad i sabiduría de sus sentencias; empero, estaba reservada para el gobierno del señor Perez, para este gobierno tan lleno de dignidad i tan lleno de gloria, que no solo se pusiese en duda la integridad de nuestros jueces, sino que se llevase al seno de la representacion nacional, la acusacion de la Corte Suprema, es decir, del primero i mas alto tribunal de la República.

Es triste, es desconsolador encontrarse en una época i bajo la tutela de un gobierno que permite i aun que instiga para que se insulte así a lo que tiene de mas venerando el pais. ¿Con qué garantías cuenta entónces la honra del ciudadano,

la honra de la familia i, lo que es mas, la honra de la justicia a la que está vinculada la fortuna i honra de todos i de cada uno, si basta la rabiosa palabra de un despechado usurero para que se acepte la acusacion de hombres tan probos i honorables como los señores Montt, Barriga, Valenzuela, Palma? ¿En qué condicion tan triste, tan precaria, i dirémoslo tan abyecta, no se coloca a la magistratura, cuando de un momento a otro, cuando por el capricho de un insensato, cuando por el enojo de una esperanza frustrada, cuando por el encono causado por una sentencia, cuando por el ódio personal, cuando por el antagonismo de partido, se puede, sin mas ni mas, acusar al hombre en su alta mision de juez i arrastrarlo hasta el banco de los delincuentes? La dignidad que rodea al cargo, el respeto que la sociedad le debe i le rinde, el decoro inherente i peculiar al magistrado, la estimacion propia, la independendencia que necesitan sus determinaciones, todo, todo cae en tierra cuando tan sin motivo i tan sin razon se le puede pisotear de una manera fácil, espedita e irresponsable. ¿Cuál, pues, es el prestigio, cuál la inmunidad, cuál la garantía que le sea dado gozar al juez, cuando nunca se encontrará seguro en su puesto, ni siquiera seguro en su reputacion i ménos todavía en su honra?.....

I de esto que decimos, de esto que tememos, porque ya lo vemos llevado a la práctica, ¿no es un ejemplo el paso dado contra la Corte Suprema de Justicia? ¿Cuáles son los motivos, cuáles las faltas, cuáles los crímenes que se han señalado para atreverse o acusarla? Vergüenza da decirlo, porque en efecto lo sentimos por los individuos mismos que han tenido esa insolencia estúpida, por la cámara que la ha patrocinado, por el gobierno que la ha tolerado, protejido, instigado; vergüenza da decirlo, repetimos, porque no ha existido otra cosa que fútiles pretextos i tan fútiles que todos ellos no serian suficientes para procesar al inspector mas infeliz; ¡i sin embargo, han bastado para servir a la acusacion de la Corte Suprema i la Cámara ha aceptado esa acusacion! Esto es tan bochornoso como ridículo para un cuerpo que debiera tener mas dignidad i por consiguiente mas independendencia, para un gobierno que debiera tener mas prudencia i por consiguiente mas cordura...

¿Qué clase de delito, por Dios, es el impedir que un hombre se apodere del bien ajeno, que un individuo desolle a su vic-



ma? ¿Qué clase de falta es el cerrar una mampara para que no penetre el aire? ¿Qué clase de crimen es nombrar una comisión en un día de lluvia para que visite las cárceles? ¿Qué clase de tremenda imputación es aquella que se basa sobre el *se dice*, que no tiene otro fundamento que el de una vil calumnia? Admirable, muy admirable es la ciega i virulenta osadía del acusador; pero mas admirable es la sumisa abyección de la mayoría de la cámara, que se presta a una injusticia, que se presta a una indignidad propia solo de viles mercenarios.... Ahora es el caso de decir con el señor Santa María: ¡QUÉ CAMARA!

¿I no está probando lo que decimos, la manera de hacer la acusación i la manera de acojerla? Cómo se espresa el ya célebre histrion? Apénas se detiene en los fútiles cargos que con todos los esfuerzos de su ódio, de su envidia i de su despecho ha podido recojer, para lanzarse en acres recriminaciones i soeces calificativos sobre la persona del señor Montt i sobre la política del pasado gobierno! ¿Qué pretende con esto? ¿Qué importa que el señor Montt haya sido un sanguinario, un tirano? ¿Qué importa que haya conculcado todas las libertades públicas? ¿Qué importa que haya sacrificado diez mil personas? ¿Es acaso al ex-presidente o al juez contra quien se dirige la acusación? Si es contra el último, ¿a qué vienen cargos que solo pueden aplicarse al primero? A qué vienen reminiscencias que, aun cuando fueran ciertas, a nada conducen? Pero el cálculo ha sido que reemplace el ódio a la justicia i que la pasión política sea la que decida en lugar de la veracidad i gravedad de los cargos, en lugar de la imparcialidad de la razón. Este proceder bajo e inconducente es el que ha empleado el acusador i es el que ha aceptado la mayoría de la Cámara; i tanto el uno como la otra se han cubierto de ignominia, porque el primero se ha dejado arrastrar por una torpe i vil venganza i porque la segunda, servil instrumento del poder, no ha tenido en cuenta ningun jénero de equidad, ya sea aquella que se debia a la manifestación de los hechos o ya al decoro de un respetable cuerpo que, en ningun caso, debe degradar hasta ese punto sus prerrogativas, la honradez de su conciencia como hombres, como ciudadanos, i sobre todo como representantes del pueblo; pues, aun cuando no se lleve la

acusacion adelante, nadie le quitará a la mayoría de la Cámara la mancha de haberla aceptado; i la nueva consigna no hará otra cosa que confirmar i poner mas en relieve esa misma mancha, quedando por ese hecho de manifiesto su servilismo.

II

Pero si la acusacion carecia de todo fundamento, no alocaría otro tanto con los propósitos, porque se han revelado al público con toda su desnuda fealdad, con toda su repugnancia de miras, con toda su hipocresía mal encubierta, con toda esa especie de uicia del que concibe i desea el mal, pero del que no tiene la ciencia para ocultar con sagacidad los hilos misteriosos de que va a valerse para border a su enemigo: el gobierno se revela a sí propio, siendo él mismo el descubridor de su propia infamia forjada tras los bastidores de palacio, siendo él mismo el que ha dejado en transparencia su mal recibida trama; i cómo dudar lo cuando lo continúa en actividad, cuando lo demuestran lo sencilla complacencia de la mayoría de la Cámara, cuando se manifiesta tan las canales mismas del proceso? ¿Cómo no creer que solo se ha tenido en mira un interese propio político, cuando se quiere absolver a unos i condenar a otros, siendo que todos son los del mismo linaje, puesto que todos han formado una misma conciencia? ¿Cómo suponer que así un propósito justo el de la descañonada acusacion, cuando no se tiene en vista la justicia? ¿Cómo no decir que no se tiene ni se ha tenido nunca en mira la justicia, cuando se ha confesado paladinamente que lo que se quiere, que lo que se pretende es perseguir a un solo hombre, es quitar del medio la gran figura de don Manuel Montt, que les hace sombra i que, sin pretenderlo, les acorta? Ahora preguntamos: ¿es digno del gobierno, es digno de la gran mayoría de la Cámara tal proceder? ¿Es digno del

acusacion adelantada, nadie le disputó a la mayoría de la Cámara la mancha de haberla aceptado; i la nueva consigna no para otra cosa que confirmar i poner mas en relieve esa misma mancha, quedando por ese hecho de manifiesto su servilismo.

## II.

Pero si la acusacion carecia de todo fundamento, no sucedia otro tanto con los propósitos, porque se han revelado al público con toda su desnuda fealdad, con toda su pequeñez de miras, con toda su hipocresía mal encubierta, con toda esa astucia necia del que concibe i desea el mal, pero del que no tiene le talento para ocultar con sagacidad los hilos misteriosos de quien va a valerse para perder a su enemigo: el gabinete se revela a si propio, siendo él mismo el descubridor de su pobre intriga forjada tras los bastidores de palacio, siendo él mismo el que ha dejado en transparencia su mal urdida trama; ¿i cómo dudarlo cuando lo confirma su actitud, cuando lo demuestra la servil complacencia de la mayoría de la Cámara, cuando lo manifiestan las causales mismas del proceso? ¿Cómo no creer que solo se ha tenido en mira un mezquino propósito político, cuando se quiere absolver a unos i condenar a otros, siendo que todos son reos del mismo delito, puesto que todos han firmado una misma sentencia? ¿Cómo suponer que sea un propósito justo el de la descabellada acusacion, cuando no se tiene en vista la justicia? ¿I cómo no decir que no se tiene ni se ha tenido nunca en mira la justicia, cuando se ha confesado paladinamente que lo que se quiere, que lo que se pretende es perseguir a un solo hombre, es quitar del medio la gran figura de don Manuel Montt, que les hace sombra i que, sin pretenderlo, los asusta?

Ahora preguntamos: ¿es digno del gabinete, es digno de la gran mayoría de la Cámara tal proceder? ¿Es digno del Pre-

sidente de la República que, conociendo tan sucios manejos, no los impida? ¿I qué clase de confianza puede tener el país en ministros de ese jaez, en diputados de esa calaña, i en un jefe que, ya que no hace el bien, no sabe siquiera impedir el mal? El silencio que en este particular se dice que guarda don José J. Perez ¿basta para salvar su responsabilidad? Ese mudismo, o es hijo de una malicia hipócrita, o es hijo de una mala fé refinada, o es hijo de una indiferencia estúpida; pero jamás puede atribuirse a la imparcialidad de juicio, a la elevacion de miras, a la rectitud de una conciencia pura a la vez que ilustrada, pues ésta no se amalgama con la injusticia, no tiene por base la mentira, ni se asocia con la calumnia para derribar a su adversario, por mas terrible i poderoso que sea.

Entónces, qué significa ese reconcentramiento en sí mismo que tanto alaban los interesados partidarios de nuestra pobre administracion? ¿Es dignidad o es disimulo? ¿Es ataque o es retirada? ¿Es atrevimiento o es cobardía?—Es simplemente la política indecisa de Pilatos que, estando seguro de la inocencia del acusado, tiene sin embargo miedo de defenderlo, miedo de absolverlo, i, en vez de juzgarlo, se cobija tras un subterfujio pusilánime, indigno del majistrado, indigno del jefe supremo de un pueblo libre como el nuestro, que, léjos de criticar una actitud noble, justa, decidida, enérgica, la habria aprobado i la habria aplaudido, porque todo lo que demuestra rectitud i grandeza merece elojio.....

El silencio que en este particular se dice que guarda don José J. Pérez basta para salvar su responsabilidad? Esas mismas que se le atribuyen a la imparcialidad de juicio, a la elevación de miras, a la rectitud de una conciencia pura a la vez que ilustrada, pues ésta no se amalgama con la injusticia, no tiene por base la mentira, ni se asocia con la calumnia para derribar a un adversario, mas terrible i poderoso que sea.

### III.

Entonces, ¿qué significa ese reconocimiento en sí mismo?

**Pero una vez manifestos, una vez conocidos los propósitos de la acusación fácil es averiguar los fines, porque casi nunca el efecto desmiente a la causa.....**

En la conciencia de todo el mundo está que en la célebre acusación no se ha tenido en vista otra cosa que un propósito político i no la sanción de la justicia reclamada por una queja razonable, pues no se han guardado ni siquiera los visos, ni siquiera las apariencias de la legalidad del reclamo, porque cargos tan fútiles no se refutan: ellos, al manifestarse, se condenan a sí mismos.

Ahora bien, si el propósito ha sido principalmente hacer a un lado al señor Montt, ¿qué fines tenía este propósito? Casi no necesitamos decirlo, porque habrá muy pocos que no lo hayan adivinado; sin embargo, examinemos esa política tan baja como tortuosa del gabinete, i no podrá ménos de verse que a la infamia del expediente está unida la incapacidad de los autores.

Bastante actividad se ha desplegado para perder al mas meritorio de los ciudadanos; i aquellos que no tuvieron enerjía delante de nuestro enemigo, que han cubierto de ignominia al país, que no adoptaron una sola acertada medida, que tuvieron el descaro de pronunciar por toda satisfaccion las irrisorias palabras de *guerra defensiva, de paz de hecho i guerra de derecho*, despues de haber gastado injentes sumas de la manera mas infructuosa; esos mismos que no supieron defender nues-

tra honra, son los que se ceban hoy encarnizadamente i con una valentía digna de ellos, en la reputacion de un hombre cuyo solo crimen es el haber servido toda su vida a la nacion; pero ya se ve, el grande e intelijente ministro concibió que ese hombre era un estorbo para llegar a la realizacion de sus deseos i de sus mas acariciadas esperanzas; concibió que era preciso, que era indispensable quitarle el puesto que le habian granjeado sus méritos, para alcanzar el que él se propone; concibió que se debia arrojar al presidente de la Corte Suprema para que no ejerciera influencias, para que el partido denominado nacional cayera con su principal jefe, i de esta suerte facilitar su elevacion, hacer mas espedita su candidatura i llegar, libre ya de esos inconvenientes, al soberano poder.

I bien, ¿qué es lo que resultará? qué es lo que ha ganado el parodiador de Portales con sus hipócritos manejos? Nada, i ménos que nada, porque ha retrogradado, porque se ha perjudicado a sí mismo, porque ha puesto en transparencia sus ódios, sus injustos propósitos, sus interesados fines i, lo que es peor, lo que lo desprestijia todavía mas: el haber demostrado su incapacidad i el manifestar hoy su cobardía i su impotencia; pues si acusa por prurito de aparecer enérgico, cae sobre él el anatema de toda la nacion; i si no acusa, caerá su desprecio: de manera que aquello mismo que, en su pobre caletre, creyó decisivo para conseguir su elevacion, es lo que ha sido realmente decisivo para traer el merecido desprestijio sobre su persona i frustrar sus miras, sus propósitos, sus fines.

Independiente de esta ingeniosa concepcion del Júpiter Tonante, los dioses del celestial Olimpo tenian tambien la suya. ¿I por qué nó? ¿Acaso no es el mismo reinado i su accion no debe ser homojénea? Pues bien, los demas satélites tambien tuvieron i quizá tienen su plan; ¿qué cosa mas justa que cada uno conciba el suyo i obre en conformidad a sus intereses? Así sucedió, i talvez así sucederá. Caida una vez la Corte Suprema i su jefe, el omnipotente ministro creerá haber vencido la mayor dificultad, i sus colegas, apropiarse los elevados puestos que quedarian vacantes, lo cual prueba claramente cuán justos, desinteresados i patrióticos eran los fines que se proponian con-

seguir con la célebre acusación i que, si no los obtienen, no es por falta de voluntad ni por falta de esfuerzos, sino por el temor que han tenido i tienen a la opinion del país, opinion que los ha condenado por el hecho solo de iniciar el escandaloso proceso, i que los anatematizaria con su glacial desprecio o quizá con una actitud hostil, si llevasen a cabo sus menguados propósitos i sus no ménos ridículos e interesados fines.

habian gradado sus méritos, para alcanzar el que él se propo-  
ne; concibió que se debía arrojar al presidente de la Corte  
Suprema para que no ejerciera influencias, para que el parti-  
do denominado nacional creyera con su principal jefe, i de es-  
ta suerte facilitar su elevación, hacer mas expedita su candida-  
tura i llegar, libre ya de esos inconvenientes, al soberano  
poder.

I bien, ¿qué es lo que resultará, qué es lo que ha ganado  
el partidario de Portales con sus hipócritas manejos? Nada; i  
más que nada, porque ha retrocedido, porque se ha per-  
judicado a sí mismo, porque ha puesto en transparencia  
sus odios, sus injustos propósitos, sus interesadas fines; lo  
que es peor, lo que lo desprestija todavía mas: el haber  
demostrado su incapacidad i el manifestar por su cobardía  
i su impotencia; pues si acusa por prurito de aparecer  
en el escenario, que sobre él el sistema de toda la nación; i si no  
acusa, caerá su desprecio: de manera que aquello mis-  
mo que, en su pobre balate, creyó decisivo para conse-  
guir su elevación, es lo que ha sido realmente decisivo  
para traer el merecido desprestio sobre su persona i frustrar  
sus miras, sus propósitos, sus fines.

Independiente de esta injuriosa concepción del Júpiter  
Tomante, los dioses del celestial Olimpo tenían también la su-  
ya; ¿por qué no? Acaso no es el mismo reinado i su acción  
no debe ser homogénea? Pues bien, los demás astérites también  
tuvieron i quizá tienen su plan; ¿qué cosa mas justa que ca-  
da uno conciba el suyo i obré en conformidad a sus intereses?  
Así sucedió, i tal vez así sucederá. Cada una vez la Corte Su-  
prema i su jefe, el omnipotente ministro creen haber venido la  
mayor dificultad, i sus colegas, aprehensivos los elevados puestos  
que quedarían vacantes, lo cual prueba claramente cuán justos  
deinteresados i patrióticos eran los fines que se proponían con-

#### IV.

Nada, empero, seria comparable a los funestos resultados de la medida adoptada por nuestro imprevisor gobierno; ¡qué confusión, qué caos, qué desequilibrio no resultaría en todas las esferas del mecanismo social i político al establecer el pernicioso precedente del sometimiento completo del poder judicial al poder ejecutivo! I nada ménos que a ese resultado conducia i conduce la acusacion, cuando en realidad no ha existido ni existe plausible motivo para hacerla!.....

Nosotros no pretendemos que sean inviolables los jueces que no cumplen con su deber; pero traerlos al banquillo de los delincuentes por fines políticos, por ódios personales, por fútiles pretextos, es no solo degradar i hacer imposible la mision de juez, sino que tambien es perturbar el órden, quitar la independendencia i minar la integridad de los tribunales.

La accion del poder ejecutivo entre nosotros es ya demasiado estensa para que pretendamos acrecentarla aun, ¿i qué ganaríamos con ésto? absolutamente nada, porque resultaria en pura pérdida para los ciudadanos, para la paz i para el progreso de la nacion.

La injerencia directa del ejecutivo en la accion judicial haria que toda se reconcentrara en él; i en ese caso, para ocupar un puesto en la magistratura, estaria el individuo obligado a adular al gobierno i, lo que es peor, a fallar, no por la justicia de la causa, sino por el partido a que pertenecia el contendor, pues de otra manera podria quedar espuesta a una acu-



sacion, perdiendo su destino i con él el pan de su familia i de sus hijos.

El actual gabinete, escuchando únicamente sus ódios i no tomando en cuenta mas que las propinas de los empleos que iban a vacar, no ha visto el abismo en que precipitaba al pais, no ha visto que toda la máquina social i política se desriela-  
ba i se perdía; pero, se habrán dicho allá en su interior: ¿qué importa la muerte de todos, si nosotros vivimos? Qué importa la desgracia jeneral, si nosotros triunfamos i gozamos? Des-  
pues de nosotros, venga el diluvio..... ¡Patriótico pensa-  
miento, digno solo de los que, por escalar el poder i apoderar-  
se de los empleos, no han vacilado en entablar, sin el menor pretesto, sin el menor motivo, sin la menor razon i sin la mas mínima apariencia de justicia, la acusacion mas ruin con-  
tra el primer obrero de la nacion!

Pero la acusacion ha producido un resultado que no se esperaban los gloriosos del perístico Olimpo. La acusacion ha despertado innumerables simpatías por don Manuel Montt. La acusacion ha hecho que se recuerden sus méritos i sus servicios. La acusacion ha borrado la memoria de muchas de sus faltas. La acusacion ha traído la induljencia. La acusacion ha provocado el aprecio. La acusacion ha transformado el banquillo del acusado en un puesto de honor. La acusacion, en lugar de avasallar, lo eleva, en lugar de quitarle prosé-  
litos, se los aumenta, en lugar de cubrirlo con la ignominia, lo ha rodeado de una aureola de gloria: este es el premio que, en medio de muchas amarguras, concede Dios a la virtud i al talento—acatémoslo, como se acata la justicia, como se vene-  
ra el equitativo i soberano fallo de los pueblos.....

.....

.....

.....